



Oratorio en Cienes

CONOCIENDO
A DON BOSCO

Don Bosco estaba muy impresionado frente a tantas escenas dolorosas, como se le presentaban en Turín. Sentía constantemente un acuciante deseo de dedicarse a los cuidados de una juventud que marchaba por el camino de la deshonra y la perdición, que no observaba la ley divina porque la ignoraba, que ultrajaba a su Creador, casi sin conocerlo. Su inocente corazón sentía la amargura de pensar que la mayor parte de aquellas pobres almas se perdía desgraciadamente por falta de

conocimiento de las verdades de la fe, y exclamaba gimiendo con el profeta Isaías: «Por eso fue deportado mi pueblo sin sentirlo... Y por eso ensanchó el infierno su seno, dilató su boca sin medida y a él baja su nobleza y su plebe y su turba gozosa».

«Apenas entré en la Residencia Sacerdotal, escribe en sus memorias, enseguida me encontré con una bandada de jovencitos que me acompañaban por calles y plazas hasta la misma sacristía de la Residencia. Pero no podía cuidarme de ellos directamente por falta de local».

Con todo, siempre que encontraba en la sacristía de San Francisco a algunos muchachos, les dirigía la palabra con tanto afecto y gracia que ellos no sabían separarse de su lado. A veces los llevaba a las pequeñas dependencias anejas a la

sacristía, y les enseñaba un poco de catecismo, les animaba a ser buenos, les invitaba a volver y les aconsejaba acercarse, debidamente preparados, a los santos sacramentos.

La continua afluencia de muchachos ocasionaba ruido y estorbo, por lo que, a veces, el sacristán se enfadaba y les reñía y maltrataba. Así lo referían más tarde don Cafasso y los compañeros de don Bosco. «Hacia varios años, anota el mismo don Bosco, que durante los domingos del verano, don Cafasso enseñaba el catecismo a los muchachos albañiles en una habitación junto a la sacristía de la iglesia de San Francisco de Asís. Pero, la multiplicidad de sus ocupaciones le obligaron a interrumpir un ministerio que tanto le gustaba. A finales de 1841 lo reemprendí yo mismo»

Memorias Biográficas II, 7,62

No es tan malo ser un cabeza de balón

J. Mauricio Ponce

Arnold es un muchacho singular. en su vecindario es conocido como el chico tranquilo siempre disponible para las causas nobles. Sin embargo, dista mucho de ser el estereotipo de “nerd” tan conocido en otras caricaturas.

Arnold vive con sus abuelos en un apartamento de clase baja como muchos habitantes de una gran ciudad cosmopolita. Ni siquiera su habitual prudencia y calculada organización son capaces de evitarle los típicos y tediosos problemas en el inicio de la preadolescencia. Lo que hace diferente a este niño con cabeza de balón de fútbol americano es su firme valentía para enfrentar la vida de la gran ciudad con sabiduría inusual para un chico de cuarto grado.

“Hey Arnold” es una caricatura fuera de serie que se transmite para América Latina por la cadena de televisión infantil Nickelodeon. El héroe de esta historieta no utiliza ningún superpoder o fuerza extraña para vencer al enemigo. Es más, no existe ningún enemigo a quien vencer. Ni siquiera el

niño más perverso de la escuela será vencido en duelo. Por el contrario, Arnold se preocupa por ellos, incluso por aquellos que son excluidos del grupo.

En un episodio se le puede ver interesado en celebrar el cumpleaños del niño más apartado del barrio. En otro, motivará a sus amigos a interesarse en el teatro o tomar un trabajo temporal en una floristería.

Tampoco utiliza un lenguaje impropio. Intenta siempre resolver con honestidad los enredos, con la incompreensión de sus compañeros, que se ven incomodados por las actitudes de alguien que prefiere “hacer lo correcto”.

Arnold personifica a los niños que a temprana edad tienen que enfrentar los problemas del cre-



RECOMENDAMOS

cimiento, con la ausencia de sus padres, en una ciudad llena de vicios y conflictos sociales, en patios de cemento y jugando béisbol en medio de la contaminación humana y ambiental.

En medio de esta compleja realidad social Arnold sólo piensa en lo más importante para él: el valor de la amistad, sin racismo ni prejuicios, y el descubrir su verdadera identidad como persona.

A veces Arnold se siente frustrado y se tumba en su cama viendo el cielo a través de un techo de vidrio. Se pregunta si será el único a quien le interesa ser sincero y responsable en esta gran ciudad.